



Letras de Pironio III

Pironio's writings III

Prof. Leonardo Javier Ponce

leojavierponce@gmail.com

Instituto Seminario Mayor San José – La Plata – Argentina

Resumen

El presente artículo continúa exponiendo una serie de escritos inéditos del Venerable Eduardo Francisco Pironio, que él escribiera durante el año 1938, siendo seminarista y estudiando en el Seminario Mayor San José de la Arquidiócesis de La Plata. En ellos se pueden observar algunas temáticas que van a ser frecuentes luego en su predicación, como la amistad y la esperanza. Al ser transcritos, algunas palabras del original se perdieron debido a la pobre calidad del papel. El valor de estos textos radica en que permiten conocer un poco más a Pironio en su juventud, quien hoy está en proceso de ser beatificado. Este ensayo es una reflexión en lenguaje literario acerca de la soledad, en el contexto de la, entonces, reciente muerte de Mons. Francisco Alberti, arzobispo de La Plata.

Palabras clave: Pironio, cardenal, seminarista, Sapientia, soledad.

Abstract

The current article continues exposing the a set of unpublished writings that belong to the Venerable Eduardo Francisco Pironio, that were written during 1938, when he was seminarist and was studying on the Mayor Seminary San Jose from the Archdiocese of La Plata. In them it's possible to observe some themes which are going be frequent then in his predication, like friendship and hope. When transcribed, some words of the original were lost due to the poor quality of the paper. The value of these texts lies in what they allow to know a little more to Pironio on his youngness, who today is in process of being beatified. This rehearsal is a reflection in literary language about loneliness, in the context of Mons. Francisco Alberti's death, archbishop of La Plata.

Keywords: Pironio, cardinal, seminarist, Sapientia, loneliness.

Recibido: 16/08/2023

Aceptado: 16/08/2023

Publicado: 12/2023





REVISTA SAPIENTIA, AÑO II, N°5 - Fecha estimada: julio de 1938

SOLEDA

(...) Jesús por los atroces tormentos de la *Via dolorosa*, (...) piedras del monte Calvario; estaba rodeado por las personas sin corazón, por fieras disfrazadas de hombre y privadas al parecer de la característica humana: la razón. Pero en medio de este conjunto desgraciado, había mezcladas también, aunque en número insignificante, algunas (...) del Divino Nazareno; allí estaba la Magdalena arrepentida hasta la muerte; las piadosas mujeres de Jerusalén a quienes habían conmovido en lo profundo las palabras de Jesús: “No lloréis por mí...”; allí estaba también Juan, el discípulo amado, el que había escuchado los latidos del corazón Divino en los momentos más importantes en que oraban. Allí estaba, sobre todo, como imponiendo respeto y sofrenando las iras infernales de la chisma, la Madre; la Madre del ajusticiado, la Madre de Jesús.

Cuando supo que el Hijo de sus entrañas había sido condenado, comenzó a recorrer las calles de Jerusalén para encontrarle, y no lo halló; por último, pudo ver unas huellas de sangre marcadas en la tierra, y comprendiéndolo todo, las fue siguiendo hasta lograr encontrarlo... a El... a su Hijo... a Jesús. Desde entonces no pudo abandonarle hasta el postrer momento, y con el corazón destrozado le fue acompañando, siempre a su lado, hasta que lo vio morir.

Cuando aquella turba rabiosa hubo descargado sus iras satánicas sobre el Divino Ajusticiado, y fue bajando del monte alborotada por callar los gritos de la consciencia, ella, la Madre se encontró de repente sola ante el cuadro doloroso y triste que se levantaba frente a sus ojos: *Stabat Mater Dolorosa*... Ella, la Madre ante la cruz donde habían muerto al Hijo de sus entrañas. “Y vosotros todos que andáis por el camino de la vida, deteneos un momento y considerad si hay dolor semejante a mi dolor.” ¡Oh dolor el de María, qué grande! “¿Quién hay entre los hombres que tenga fuerza para sujetar su llanto, ante el cuadro doloroso en que contempla a la madre de Jesús?” ...

...Bajaron sobre el monte las sombras de la noche, y sorprendieron a la Madre con el Hijo muerto en sus brazos; sentada en una de aquellas enormes piedras regadas por la sangre de Jesús, besaba María la frente fría de su Hijo. Pero... llegaba la hora de marchar, era preciso dejar aquellos lugares mil veces santos, abandonar aquel cuerpo destrozado por la furia satánica de los hombres. Las sombras de la noche descendían... La madre depositó en la tumba nueva aquel pedazo de sus entrañas, le miró por última vez... Y luego dejó rodar sobre la tumba la pesada lápida que lo tapó todo. Besó el sepulcro bendecido, y dolorida y triste fue bajando lentamente por las rocas escarpadas y meditando en su memoria las escenas no ha mucho presenciadas, fue llevando el tramo que separa el Calvario de Jerusalén; entró en la casa llena de oscuridades y más silencio que nunca. Jerusalén estaba callada también porque la gente decidida, al retirarse cada cual a su morada, se encontraba con los gritos de la consciencia que le recriminaba el incomparable crimen. Entrada que hecho María en su aposento oscuro, al contemplar aquellas sombras y aquellas luces irrompibles, comprendió la inmensidad de su dolor, lo grande de su soledad. Recién entonces entendió bien lo que pasaba, y cuán amarga era su pena, cuán grande su soledad.



Y sumida en profundas meditaciones de lo que acababa de suceder, exclamaba por lo bajo: “¡Oh vosotros, quienes quiera que seáis los que sufrís, deteneos un momento y considerad si existe dolor semejante a mi dolor!”

El dolor de María se ha ido repitiendo, aunque en grado mucho más inferior, en el corazón de todos los que lloran ante el cadáver de un miembro de la familia, de un amigo, de un bienhechor... etc. El dolor acompaña ordinariamente a la separación y a la muerte.

Lo hemos experimentado (aunque inferiormente, repito) nosotros mismos hace pocos días. La muerte de Mons. Alberti ha dejado marcado el dolor en nuestro corazón, y en el corazón de cuantos lo conocieron. Ante su cadáver desfilaron miles y miles de personas; los ricos y los pobres, las autoridades y el pueblo, los sanos y los enfermos, los ancianos, los jóvenes y los niños, los hombres y las mujeres, se dirigían doloridos a la Catedral donde se velaban sus restos; esperaban turno para verle, y, siempre doloridos, llegaban al cadáver y lo besaban con respeto y con cariño, como besara María el cuerpo frío de Jesús; y cuando llegaba la hora de marcharse, regresaban con el alma dolorida a sus viviendas, como lo hiciera María cuando bajaba del Calvario, al descender sobre el mundo las sombras de la noche.

Entre tanto, su dolor era grande, porque Mons. no hablaba y no (...) como siempre; pero este dolor estaba un poco suavizado: a Mons. no se le hablaba, pero se le veía. Poco tiempo después la pesada loza caerá sobre la tumba, y entonces ni siquiera podremos verlo a Mons.; y besaríamos reverentes su tumba, y recorriendo en nuestra memoria lo que acaba de suceder, volveríamos a nuestras cotidianas faenas; entonces comprenderíamos la soledad en que nos encontramos; comprenderíamos bien el dolor de la separación de Mons. Alberti. En el momento mismo de la separación, no llegamos a medir la inmensidad de nuestro dolor; el golpe que recibimos en el instante en que nos vemos apartados de un ser tan querido, ofusca un poco nuestra inteligencia, y nos encontramos, por la sensación misma, como medio atontados. No acertamos a concebir bien lo que pasa; ante el cadáver del que, poco antes, vivía con nosotros, en nuestra compañía, pensamos que tal vez estamos soñando, que aquello que es la realidad, que aquello no puede ser así. Pero, pasado algún tiempo, cuando nuestras facultades se encuentren en el reposo, y la serenidad nos ayude a comprender bien la realidad, entonces (...) en lo justo la soledad en que vivimos. Lo comprenderán los sacerdotes que en sus dificultades eran animados por los consejos de Mons. Alberti; lo comprenderemos los seminaristas que éramos guiados por tan buen pastor; lo comprenderán los pobres que vivían de sus limosnas, los que tenían la vivienda junto a la suya, cuántas (...), en fin, eran consoladas y animadas por su palabra.

Entonces su dolor será enorme.

Y no se diga que es ello impropio del cristianismo. Lloró Jesús ante la tumba de Lázaro y la destrucción de Jerusalén; ascendió María hasta el más alto grado del dolor ante el cadáver de su Hijo, y se despedazó el corazón de S. Agustín al presenciar el cuerpo yerto de su madre.

El dolor desesperado, ese sí hay que rechazarlo, pero el justo, el originado por la separación de un amigo, ese no porque somos hombres, y no hay que olvidarlo, que además del espíritu, tenemos también materia. Somos hombres y necesitamos de amigos:



“Sin amigos no se vive feliz”, dice Kempis. Y cuando se nos van los mejores, es justo que lo sintamos.

La esperanza, sin embargo, de que la muerte no es más que un cambio de vida, suaviza mucho la pena de la soledad: *“Tuis enim fidelitas, Domine, vita mutatur, sum tollitas.”*

Entre tanto la Buena Virgen de Luján, que tomara un día entre sus brazos el cuerpo frío de Jesús para colocarlo en el sepulcro, ha tomado también ahora los restos venerables de nuestro querido pastor, y los ha bajado hasta la tumba abierta en su altar, para velar su sueño.

Duerma en paz nuestro amado Arzobispo, cobijado por el manto de la Buena Virgencita de Luján, que con sus colores está simbolizando la doble bendición que sobre él se traza: la de Dios y la de la Patria.

Eduardo F. Pironio

Nota (del autor): La palabra “soledad”, aplicada a la separación de Mons. Alberti, tiene aquí más bien el sentido de vacío, que el de soledad estrictamente tal, como lo fue el de la Virgen María.